

TRAS EL CRISTAL

Seudónimo: Nadia

Cada tarde, Rosa se sentaba a contemplar el paso de la gente desde la ventana de la cafetería. Mientras el aroma a café impregnaba el ambiente, ella se imaginaba las vidas de las personas que veía pasar, unas eran completas desconocidas y otras formaban parte de la soledad de sus tardes. Se preguntaba a quién estaría esperando la chica del abrigo blanco, esa chica que miraba constantemente su elegante reloj de pulsera mientras un signo de impaciencia cruzaba su cara.

Quizá estaba esperando un novio que no acababa de aparecer o tal vez sus amigas habían perdido el autobús. Le gustaría saber por qué siempre pasaba corriendo aquella joven madre con su niño agarrado de la mano, que más que corriendo lo llevaba en volandas. ¿Adónde irían con tanta prisa? Le gustaban especialmente las tardes tranquilas de otoño, cuando la gente aún aprovecha los últimos rayos de sol del verano, y desde el recóndito refugio de su mesa podía observar tranquilamente esos trocitos de vida ajena, esos pequeños pedazos de historia, pues Rosa sabía que todos tenemos una historia. Incluso ella.

Las tardes de lluvia eran diferentes. Rosa pensaba que debajo de cada paraguas se escondía un mundo por descubrir. Esos días echaba en falta a la madre con su niño, quizá porque cogían el autobús para no mojarse, pero con la lluvia llegaba su desconocido preferido. Era imposible precisar su edad, aunque en su mirada había la sabiduría del que ha vivido mucho y ha conocido penas infinitas. Siempre llevaba puesto un abrigo, en verano lo usaba fino y en invierno un abrigo de paño cubría su cuerpo y escondía los secretos de su alma. Su voz era serena y profunda, pero solo hablaba lo indispensable, no permitía ni siquiera el derroche de una sílaba. Tenía por costumbre ocupar la mesa contigua a la de Rosa y con el paso del tiempo empezó a saludar a ésta con una inclinación de cabeza, pero siempre con gesto adusto, jamás un esbozo de sonrisa asomó a sus labios.

Al principio, Rosa no le observó demasiado, prefería imaginar el mundo parapetada tras el cristal, pero cuando las sucesivas lluvias trajeron al desconocido con asiduidad empezó a imaginar su vida. Lo más curioso es que nada acudía a su imaginación que pudiera desvelar un poco el misterio de su atormentada alma, porque lo único que Rosa pudo dilucidar fue eso, que era un alma atormentada, pero su pena debía de ser algo muy profundo, y quizá ese ir y venir que tenía fuese alguna especie de peregrinaje. Sabía por propia experiencia lo que era vivir con el corazón roto, y todo en él le decía que tenía el corazón tan hecho añicos como el suyo. Poco a poco, Rosa empezó a observar más detenidamente a su desdichado caballero y a depender menos de las vidas de los demás. Su principal problema era la falta de una vida propia que hiciera funcionar su mente, necesitaba alguien con quien compartir sus inquietudes, un alma gemela que

la ayudase a ver el futuro con esperanza. Ella pensaba que esto era imposible, ya que había dejado pasar demasiados años y había llegado a olvidar cómo era el trato con los demás. Todo su mundo se reducía a las tardes tras el cristal, sin hablar con nadie y dando rienda suelta a su imaginación, apropiándose de las vidas de otros y descuidando la suya. Aquella tarde Rosa salió de casa con un raro presentimiento, con una opresión en el pecho que le decía que algo extraño iba a pasar. Nada más entrar en la cafetería empezó a llover, y lo que al principio parecía un chubasco pasajero, poco a poco se convirtió en un aguacero terrible. En cuestión de segundos los soportales y los aleros de los edificios quedaron cubiertos de gente intentando resguardarse de las desagradables gotas.

Como había sido tan repentino, casi nadie llevaba paraguas, así que Rosa empezó a aburrirse porque no veía nada con tanta gente amontonada pegada al cristal, cosa que tampoco le servía de mucho porque estaban todos hechos unas sopas. Cuando la vorágine empezó a calmarse y la marea humana se empezó a dispersar cayó en la cuenta de que su caballero desconocido no estaba. Era muy extraño, porque él siempre llegaba con la lluvia, en invierno y en verano, con frío y con calor. Su presencia era ya parte de sus tardes lluviosas y hoy sin ninguna razón, no había aparecido. Cuando el sol empezó a esconderse y el horizonte estaba teñido de naranja, Rosa decidió volver a casa. Le gustaba atravesar el parque los días de lluvia porque el olor a tierra mojada le recordaba tiempos mejores, unos tiempos tan lejanos que a veces tenía que hacer un gran esfuerzo para poder recordar, pero hay algo en los olores que a veces nos devuelven sensaciones que creíamos olvidadas, y eso le ocurría a ella con las tardes de lluvia.

Apenas había gente a aquellas horas y la sensación de paz era infinita. Tan sólo algunos valientes se resguardaban en sus abrigos y cruzaban con paso rápido los caminos que conducían al estanque o a la antigua rosalada, con sus jardines y sus estatuas que te miran y te recuerdan lo sola que estás. Rosa iba tan sumida en sus pensamientos que no se fijó en el hombre que estaba apoyado en el puentecito de madera que cruzaba el riachuelo. En momentos como aquél echaba muchísimo de menos tener una familia, no soportaba llegar a casa y encontrar aquel silencio, y aquel vacío en el piso y en su alma. Algo en la quietud de la tarde hizo que Rosa fijase su mirada en el hombre del puente. No podía verle el rostro, pues los rayos de sol estaban ya tan bajos que en alguna zona eran cegadores, pero veía claramente que era una persona que estaba apoyada en una hermosa columna y parecía que no se encontraba bien, pues se agarraba a la barandilla y los nudillos estaban blancos de tanto apretar, como si con ese gesto el dolor o la ira se fuesen a desvanecer. Rosa no sabía qué hacer, no estaba acostumbrada a hablar con nadie y después de tantos años de silencio no sabía bien cómo empezar. Tras unos instantes de reflexión decidió que lo mejor era actuar con naturalidad. Se acercaría a la persona y le ofrecería su ayuda. Después de todo, a lo mejor simplemente estaba descansando o se había detenido a contemplar la puesta de sol y a ella no le

gustaba ser entrometida. Fingiendo la mayor serenidad, pero con los nervios a flor de piel se dirigió al hombre del puente:

–Perdone que le moleste –dijo a modo de presentación–, ¿se encuentra usted bien?

Cuando la persona se giró y ella le vio la cara se quedó de piedra. Era la última persona que esperaba encontrar allí, su caballero solo tenía cabida en la cafetería, no en el mundo real.

–No se preocupe –le respondió el caballero reponiéndose de la sorpresa–, me encuentro bien, sólo pensaba.

–No quería molestarle –se excusó Rosa titubeando –ni siquiera sabía que era usted.

–No pasa nada –siguió diciendo el hombre–; a usted la conozco de la cafetería, es como si fuésemos viejos amigos. No me ha molestado, a veces no es bueno estar tan solo, nos vuelve huraños.

–Yo no creo que usted sea huraño –se atrevió a añadir Rosa–, sólo misterioso. Por primera vez desde que lo conocía, Rosa vio sonreír a su amigo.

–Yo no me considero misterioso, simplemente no les cuento a los demás lo que hago, y la verdad es que usted sí que parece misteriosa, escondida tras un cristal y pensando en dios sabe qué.

–No me escondo –se defendió Rosa–, sólo observo, me gusta imaginarme cosas.

Si le gusta imaginarse cosas es que está usted tan sola como yo.

–Tal vez. ¿Por qué no fue hoy al café? Por si no se dio cuenta, llovió mucho.

–Por supuesto que me di cuenta –respondió él, impaciente–, pero hoy es día 18 y ese día tengo que ir a otro lugar. Debo purgar por mis errores.

–De acuerdo –se despidió Rosa–, le dejo que siga con sus pensamientos.

Y casi sin darse cuenta echó a caminar a paso vivo, sin volver la vista hacia aquel hombre que no quería contarle sus agonías, hacia aquel hombre que lo guardaba todo para sí. Cuando llegó a casa se sintió tan vacía que ni siquiera tuvo fuerzas para leer o encender la tele. Todo eso le recordaría lo sola que estaba, y por hoy ya se lo habían recordado bastante. Nada de lo que hiciese le serviría para recomponer su corazón, sobre todo porque nunca había intentado recomponerlo. A veces es más cómodo escudarse en el dolor y evadirse del mundo real, pero las cosas hay que afrontarlas y algún día debe llegar el momento de escuchar a tu corazón.

El día siguiente amaneció despejado, y Rosa supo que no vería al caballero, él sólo llegaba con la lluvia, y no siempre. Cuando estaba en su rincón observando de nuevo a la chica impaciente, que hoy llevaba un abrigo rojo, sintió una voz a sus espaldas:

–¿Le importa que me sienta? –le preguntó el caballero misterioso.

–No, claro, pero su mesa está vacía –dijo a modo de aviso–. No necesita ser amable conmigo.

–No pretendo ser amable, no es mi forma de ser, sólo estoy aprendiendo a disfrutar cuando tengo compañía. Ayer fue usted muy atenta interesándose por mí.

–Cualquiera lo habría hecho –respondió ella lacónica–, no fue nada extraordinario.

–No, cualquiera no, a mí me reconfortó que otro ser humano mostrase interés en mis pequeños problemas –continuó–. Hizo que me sintiera menos solo, algo que no me ocurre con frecuencia.

–Todos estamos solos –continuó ella–, todos tenemos una historia que contar y unas lágrimas que derramar, y al final del día, unos más que otros, todos nos encontramos solos.

–¿Le gustaría ir a pasear al parque para que hablemos? –preguntó tímidamente.

–No sé de qué podemos hablar, pero es agradable caminar –contestó ella recuperando las dudas hacia los demás. El caballero pagó los cafés y salieron a la soledad tarde.

–Debemos aprovechar, ya no quedan muchas tardes así; a la vuelta de la esquina el invierno nos envolverá con su manto y el sol ya no invitará a pasear sentenció el hombre.

Durante un buen rato caminaron en silencio, eran personas que no estaban acostumbradas a hablar y no les gustaba decir cosas innecesarias, pero, al contrario que en otras ocasiones, esos silencios eran reconfortantes. El camino de gravilla que transcurría paralelo al estanque estaba empezando a cubrirse de hojas secas y el sonido de risas infantiles acompañaba a los caminantes. Cuando llegaron al puente él se detuvo:

–Aquí fue donde usted me encontró ayer; estaba en uno de esos momentos en los que uno se pregunta si no debería acabar con todo de una vez; había tocado fondo cuando llegó usted para salvarme.

Asombrada, Rosa no supo qué decir:

–Yo no hice nada –tartamudeó–, sólo me asusté al ver a una persona que parecía encontrarse mal, no sabía que estaba tan triste, aunque sé perfectamente lo que quiere decir, esos momentos en los que uno es tan insignificante y desgraciado que piensa que el mundo seguirá girando, aunque no esté, y esa soledad que siente al abrir la puerta de casa y ver que no hay nadie esperando y que nadie llegará.

–Me gustaría contarle mi historia –dijo el hombre, sin atreverse a mirarla a la cara–, algo que nunca le he dicho a nadie, pero necesito liberarme ya de esta carga, este peso sobre mis hombros me ha envejecido prematuramente y hay días en los que no puedo más.

A continuación, sin esperar respuesta de su compañera, prosiguió:

–Yo vivía en un pueblo de la montaña con mis padres, mi hermana y mi sobrino –empezó a explicar–; mi hermana se había quedado viuda y llevaba dos años viviendo con nosotros, así que mi sobrino era como un hijo para mí. Una tarde yo había ido a la ciudad a comprar unas herramientas que nos hacían falta, cuando se puso a llover. Mi madre decidió encender la chimenea del salón para que yo encontrara la casa caliente, porque siempre he sido muy friolero, así que le pidió prestada leña a la vecina y le contó lo que iba a hacer. Durante la tormenta me encontré con un antiguo compañero de clase y nos fuimos a tomar algo, y empezamos a hablar de aquellos y estos tiempos, y cuando me di cuenta era muy tarde. Fui corriendo a la estación, y cuando empecé a ascender el empinado camino que conducía a mi aldea, vi las llamas, eran gigantescas y abrasadoras bestias que lamían las paredes de mi casa con fruición. Con los ojos anegados en lágrimas fui corriendo, pero no me dejaban pasar. Los bomberos me dijeron que los habían sacado a todos muertos por asfixia –mientras hablaba las lágrimas resbalaban por su cara–, ni uno se había salvado. En ese momento sólo pude maldecirme una y mil veces. He rememorado la escena en infinidad de ocasiones y siempre llego a la conclusión de que toda la culpa fue mía, no debí entretenerme tanto, si hubiera llegado antes el fuego se hubiera evitado, o si no, al menos habría perecido

con ellos y me habría ahorrado todos estos años que he pasado como en un limbo. Después de aquello me marché y sólo voy al cementerio el día del aniversario. El día 18 vuelvo a revivir mi dolor al ver cinco tumbas con toda mi familia enterrada. –Secándose las lágrimas con el dorso de la mano, miró a Rosa–. Por cierto, me llamo Armando.

Rosa estaba demasiado emocionada para hablar. La historia de Armando era tan parecida a la suya, que hacía que entre ellos existiera un vínculo indisoluble, eran dos personas que compartían algo que los demás jamás llegarían a entender, ni siquiera a imaginar. Reuniendo todas sus fuerzas, decidió contarle a Armando su historia, sabía que la entendería y no intentaría consolarla diciéndole que son cosas que pasan y que nadie tiene la culpa. Ella prefería enfrentarse a la realidad.

–Mi vida también está rodeada de muertes –empezó a decir con un hilo de voz–, demasiadas muertes que se han quedado en el camino. Yo no vengo de la montaña, pero sí de un pequeño pueblecito junto al mar. Nuestra casa era sencilla, pero cuando entrabas al llegar del colegio sentías que habías encontrado tu remanso de paz. Mi madre siempre nos hacía galletas y el olor a mantequilla y anís en las tardes de invierno me devuelven a aquellos días, aquellos momentos de felicidad completa. Cada Navidad poníamos un gran árbol, que íbamos a escoger con mi padre mientras mamá se quedaba en la cocina, atareada con la cena de Nochebuena. A mis hermanos y a mí nos encantaba ir a la pista de patinaje sobre hielo que había cerca de la ciudad, y aquella tarde se me antojó ir y quise que viniera con nosotros mi amiga Bea. Mis padres al final acabaron cediendo y pidieron permiso a los padres de mi amiga. Nos metimos todos en el coche, y como no cabíamos yo cogí a Bea en mi regazo. En aquellos años los coches no tenían cinturón en los asientos traseros y el tema de la seguridad no tenía la importancia que le damos ahora, por tanto no podemos tachar a mis padres de irresponsables, simplemente eran los tiempos. La verdad es que no recuerdo lo que pasó, pero me han dicho que el otro coche había invadido el carril y fue un choque frontal. Mis padres fallecieron en el acto y mis hermanos días después. El golpe que me correspondía a mí se lo llevó Bea, dejó allí su vida por mí. Jamás he dejado de reprocharme mi insistencia para ir a patinar. Cuando esa noche llegué a casa, vi a mi abuela llorando junto al árbol de Navidad y supe que mi vida y mi niñez habían terminado. Yo jamás voy al cementerio. Mientras vivieron mis abuelos iban ellos y ahora le pago a una señora para que cuide las tumbas. No soporto pensar que toda mi familia está en un metro cuadrado. Yo he dejado de hablar con la gente y me he ido recluyendo en un mundo ficticio que al principio no estaba mal, pero necesito salir de este pozo. He tirado veinte años de mi vida a la basura y sé que mi familia no lo querría. Por cierto, no te he dicho que me llamo Rosa.

En silencio, bajo la luz del crepúsculo caminaron uno junto a otro. Ambos sabían que habían encontrado a la persona que les haría vivir de nuevo, sabían que volverían a soñar, pero aún era muy pronto para decirlo. Los corazones heridos necesitan tiempo para asimilar las cosas, pero después de tanto sufrimiento el tiempo carece de importancia. Siguieron caminando y al llegar a la bifurcación que conduce al otro estanque se separaron, aunque con el tácito acuerdo de verse en la cafetería.

Unos días después él se presentó en la cafetería con una flor en la mano. En esos momentos ella estaba pensando en lo aburrida que le parecía ahora su absurda diversión de imaginarse vidas. La mamá seguía corriendo con su hijo y la muchacha del abrigo seguía impacientándose, y había muchos más, pero a los ojos de Rosa eran insignificantes. Ahora esperaba más de la vida.

–Te he traído una azucena –le dijo, entregándole un bonito paquete con un sencillo lazo–; me pareció que eras demasiado especial para regalarte algo tan común como rosas, aunque hagan juego con tu nombre.

Tras la sorpresa inicial Rosa cogió la flor y se sintió embriagada de felicidad. Por primera vez en su vida encontraba a alguien que llenaba sus silencios con otros silencios más interesantes, alguien que entendía que no siempre podía sonreír y no se lo exigía. Por primera vez encontraba a alguien como ella, los espíritus afines existen.

Rosa tiró una flor al agua que pasaba por debajo del puente donde había empezado a hablar con Armando. Hoy hacía cuatro años y necesitaba celebrarlo, darle las gracias al lugar que los había unido. Echando a correr volvió a la zona de juegos donde había dejado a Armando solo. Tenía miedo que los gemelos fuesen demasiado difíciles de vigilar para él pero mientras se acercaba no tuvo más remedio que sonreír. Armando estaba echado sobre la hierba y los dos tremendos gamberretes de tres años saltaban sentados sobre su tripa, y los tres se reían escandalosamente. Rosa supo que su corazón se había recompuesto, no le podía pedir más a la vida.